

El Mont Ventoux se cruza en el camino de Armstrong hacia los Campos Elíseos

El 'Monte de los Vientos' pone hoy a prueba el liderato del corredor estadounidense y a sus rivales

La condiciones meteorológicas, ayer adversas, marcarán la etapa

J. GÓMEZ PEÑA
ENVIADO ESPECIAL CARPENTRAS

En la cuerda floja de la realidad, el Mont Ventoux es un canto a la leyenda. Coloso de piedra que se alza por encima de los 1.900 metros, el 'Gigante de Provenza' ha sido reto y, a la vez, origen de pasiones y odios. El Tour volverá hoy, tras seis años de ausencia, a hollar su pelada cima, blanca de caliza y sin abrigo ante el silbante mistral. Allí, en el entorno lunar que segó la vida de Tom Simpson y que desplomó a Eddy Merckx, sus herederos se medirán al mito. Todos, y sobre ellos, el líder americano. El otro Armstrong -Neil fue el primero- tiene una cita con la luna.

«La etapa que supone la personificación del más fuerte es la del Mont Ventoux. El Ventoux es un

dios del Mal, al que hay que sacrificar. Tirano con los ciclistas, jamás perdona a los débiles», escribió en 1957 el filósofo Roland Barthes. Armstrong, soberbio en todas sus acepciones, se cruza con un adversario de su talla.

Todo lo que rodea al Ventoux cuadra en uno de esos cuentos fantásticos que alejan el sueño de los niños. Como surgido de la nada, el coloso domina los olivares y viñedos de Provenza, llana y ocre, sin otra montaña en el horizonte. Dicen que fue Petrarca el primero en escalar hasta la cima, una noche de luna llena del abril de 1336. Y también dicen que donde ahora hay un observatorio meteorológico, César mandó construir un templo en honor del viento mistral, que llega a superar los 240 kilómetros por hora y que ayer impidió la colocación en la cima

de parte de la infraestructura de la llegada. «Dicen que tiene 1.909 metros de altura, pero parece mucho más. Falta el oxígeno», recuerda Armstrong. Quizá por eso varias generaciones de ciclistas se han dejado en él sus ilusiones y hasta jirones de vida. Ventoux, cofre de piedra, pero también de sangre y ceniza. «No es un loco el que sube al Ventoux, lo es el que vuelve», reza un dicho provenzal.

Once veces han vuelto los ciclistas del Tour al Ventoux: la primera en 1951, cuando el francés Lazarides dejó inscrito su nombre por delante de Bartali y Geminiani; la última, en 1994, con otro gigante, Eros Poli, arrebatiéndole la etapa a los escaladores en el cuarto Tour de Miguel Induráin.

Víctimas del Ventoux

Y entre una y otra, mil historias. Como la del suizo Kubler, que no quiso escuchar los consejos de Geminiani -le recomendó que no iniciara tan deprisa ni tan cargado de comida la subida, que aquel no era un puerto como los demás-. «Ferdinand Kubler tampoco es un ciclista como los demás», respondió. Pagó su suficiencia con un desfallecimiento que se tradujo en media hora de retraso en la meta de Avignon. No salió al día siguiente. Es más, allí puso fin a su carrera. «Fer-

di es ya demasiado viejo -36 años-. Ferdi ha muerto en el Ventoux», confesó entonces (1955).

El 'Monte de los Vientos' no reconoce campeones. Ni a Tom Simpson, fulminado en 1967 por el mal-dito cóctel que formaron el calor, el agotamiento y las anfetaminas -una lápida entre piedras, cercana a la cima, recuerda aquella trágica agonía-, ni siquiera al más grande: Eddy Merckx. El belga, inalcanzable en aquel Tour de 1970, distanció a todos sus rivales en las rampas del puerto. Cruzó la meta como era él, un ganador: Puso pie a tierra y, de repente, se desplomó. Falta de oxígeno, el mal del Ventoux. «Es una tortura física, pero también psicológica», define el director del Banesto, José Miguel Echávarri. «Ves la corona roja del observatorio

mientras subes, pero parece que no llegas nunca. Y sin una sombra en el camino».

Fuego y hielo

Ventoux: fuego en verano y hielo en invierno, y siempre el viento. Extremo y cruel. El monte de Provenza es un cruce de climas, reflejados en la vegetación. Comienza el puerto con aire mediterráneo, con bosques de robles y cedros, hasta que el frío -el termómetro desciende a -30- hace aparecer a 1.600 metros de altura las adormideras, propias de Laponia. Después, nada y algo de musgo. Y el mistral helador, que arrastra de un lado a otro el escaso oxígeno de la cumbre.

En esas condiciones, cada ciclista vive su propia historia. Reto y calvario. O los dos unidos. A Armstrong, por ejemplo, no le gusta el Mont Ventoux. «Es un lugar místico y mítico, marcado por la muerte de Simpson. En él se puede hacer agujero con respecto a

A punto de suspenderse

J. G. P. CARPENTRAS

Por un momento, la etapa estuvo a punto de dar carpetazo antes de iniciar su lectura, debido al viento y al frío que azotan el Mont Ventoux. Durante la noche del martes, una capa de agua-nieve cubrió la zona más elevada y el termómetro descendió hasta los tres grados bajo cero.

Ayer, las rachas de viento

alcanzaron los 120 kilómetros por hora e impidieron la colocación de parte de la infraestructura de la meta. Saltó entonces la alarma. Leblanc se reunió con urgencia con sus colaboradores: la etapa podría suspenderse o quedar cortada a seis kilómetros de la cima.

Como ya era imposible variar el lugar de la meta y ante los vaticinios optimistas del parte meteorológico para hoy -rachas de 60 kilómetros por hora-, el director general del Tour optó por dar vía libre a la jornada. Alivio para los escaladores.

SALIDA DE CARPENTRAS

Los 30 primeros kilómetros hasta el col de Murs no tienen historia. El pelotón se lo tomará con tranquilidad y será el punto elegido por algún valiente para intentar un ataque de lejos.

